

DIPUTADO
FEDERAL

LA HISTORIA DE LA SILLA

Un peligroso coctel

En México se está configurando el peor escenario para quien quiere invertir, emprender o simplemente trabajar en paz. Son tres derroteros que al combinarse producen un efecto explosivo: reglas fiscales cada vez más rígidas e inciertas; un amparo debilitado que deja al ciudadano desprotegido frente al Estado; y un crimen organizado que cobra su propio “impuesto” a través de la extorsión. El costo en materia de crecimiento económico será devastador.

Primero: En los últimos años, el SAT ha endurecido su política de fiscalización. Pero no para combatir la evasión de impuestos, sino para recaudar más y más, pero a los mismos de siempre.

Las nuevas restricciones en materia de créditos fiscales, el aumento de las auditorías, la rigidez en las devoluciones del IVA, y en general criterios discrecionales de la autoridad fiscal, han creado un ambiente donde el inversionista opera con temor, pero sobre todo con incertidumbre.

Y la incertidumbre es el peor enemigo de la inversión. Ninguna empresa, mexicana o extranjera,

puede planear cuando las reglas fiscales cambian sin aviso, cuando la autoridad interpreta a conveniencia y cuando cualquier error administrativo puede ser tratado como delito.

Segundo: La reciente reforma debilitó gravemente el juicio de amparo en materia fiscal. Limitando las suspensiones, reduciendo el alcance de los jueces y dejando que los actos del SAT permanezcan siempre firmes. Este gobierno quiere contribuyentes indefensos, ciudadanos que no puedan defenderse frente a los abusos de la autoridad.

Tercero: El crimen organizado se ha convertido en una autoridad fiscal de facto, cobrando a miles de pequeños y medianos comerciantes “cuotas” que funcionan como un impuesto adicional. Es un costo que no puede deducirse, no puede impugnarse y, sobre todo, no puede evitarse.

Cuando un emprendedor en México evalúa abrir o mantener un negocio, ya no debe calcular sólo la carga impositiva legal, también debe sumar la carga criminal. Y eso, en cualquier país, es una sentencia de muerte para la inversión.

Estos tres elementos forman un coctel muy peligroso que puede paralizar la economía. La inversión productiva requiere certidumbre, Estado de derecho, reglas claras, y un mínimo de seguridad. Hoy México ofrece exactamente lo contrario. Si este modelo persiste, el país pagará un precio muy caro. Tendremos menor inversión, empresas que dejarán de crecer, empleos que no se generarán, innovación frenada y una economía cada vez más informal y menos competitiva.

Ningún país se puede desarrollar y crecer cuando frente al esfuerzo individual hay un Estado agresivo y una justicia débil. La inversión no huye del impuesto justo; huye del abuso, de la incertidumbre y del miedo.



“Ningún país se puede desarrollar y crecer cuando frente al esfuerzo individual hay un Estado agresivo y una justicia débil”.